

## ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE EL PSICOANÁLISIS Y LAS NEUROCIENCIAS.



Dr. Luis A. Chiozza

### ¿Dónde estamos hoy?

La posición más avanzada, entre las que poseen un considerable consenso, acepta el paralelismo psicofísico cartesiano, de acuerdo con el cual el cuerpo y el alma, como tales, son dos realidades ontológicas que existen fuera de la conciencia que las percibe.

Sostiene además que el organismo material “produce” la mente conciente, y las fantasías o afectos inconcientes, a partir del grado de complejidad que le permite desarrollar un cerebro: y afirma que los métodos de investigación que se apoyan en la física, en la química y en la biología, para indagar en las estructuras materiales y en sus funciones, son los que finalmente otorgan un estatuto científico al conocimiento del alma.

La segunda hipótesis fundamental del psicoanálisis conduce a comprender que el concepto psicoanalítico acerca del psiquismo inconciente y la concepción psicoanalítica de la relación psicofísica surgen de una idea que difiere totalmente de la que predomina en el consenso. En los términos de la segunda hipótesis el cuerpo y el alma NO SON dos realidades ontológicas distintas.

Son dos categorías de la conciencia a través de las cuales se intenta conocer un existente que, en sí mismo, no pertenece a ninguna de esas dos categorías. El psiquismo inconciente NO coincide únicamente con algunas funciones del sistema nervioso.

Coincide con la finalidad de todas y cada una de las funciones fisiológicas o patológicas. Desde esta posición epistemológica las neurociencias y el psicoanálisis pueden enriquecerse mutuamente “corroborando” científicamente en un territorio los hallazgos del otro.

La segunda hipótesis reafirma con claridad lo que ha sido, desde los inicios del psicoanálisis, la tesis fundamental de la teoría psicoanalítica: la existencia de un psiquismo inconciente lleva implícito que lo que define al psiquismo no es la conciencia, es el sentido o el significado de una serie que se encamina hacia un fin.

Pero una serie de acontecimientos que tiene significado constituye una historia. De este modo llegamos a la conclusión de que lo que llamamos psiquismo y lo que llamamos historia son dos puntos de vista sobre un mismo asunto.

Si volvemos ahora sobre la cuestión de la relación que existe, de acuerdo con la segunda hipótesis, entre un mecanismo en la materia, en donde opera la relación entre una causa y un efecto, y una serie dotada de sentido, dentro del cual opera la relación entre un significante y su significado, queda claro que la importancia de la mecánica material que constituye una máquina es siempre secundaria. Lo importante de un molino es que muele. Si lo hace con superficies de piedra o de acero es una cuestión secundaria.

Debemos tener en cuenta entonces que una máquina, más allá de la materia que la constituye, es un procedimiento efectivo (un algoritmo) que se define como tal, por la finalidad que explica su función y que constituye su razón de ser. Llegamos así a la conclusión de que aquello que, a partir del paralelismo

cartesiano se ha llamado “el fantasma en la máquina” (Gilbert Ryle 1949, Arthur Koestler, 1967), visto desde la segunda hipótesis es la finalidad que constituye la razón de ser de la estructura y de su función. Queda claro entonces que el psiquismo inconciente NO ES solamente un “producto” del funcionamiento del sistema nervioso sino que es inseparable (inherente) de toda función fisiológica. El “fantasma en la máquina” no “ocupa” solamente la cabeza, impregna al organismo entero.

Debemos considerar ahora dos cuestiones fundamentales acerca de la organización psíquica. Una se refiere a la relación existente entre lo representado y su representación. La otra se refiere a la relación que existe entre los elementos que solemos llamar centrales y los que solemos llamar periféricos. Si bien el psiquismo inconciente no “reside” necesariamente en la cabeza, sino que es inherente a toda función fisiológica, el hecho de que cada función, con su finalidad “psicofísica”, se “acople” jerárquicamente (en cuerpo y alma) con las otras funciones que integran un organismo, tiene una fundamental importancia.

Subrayemos también que la existencia de claves de intervención para la descarga afectiva en el territorio vegetativo, o para la acción motora en la vida de relación, supone la existencia de “centros” o “redes” que registran, coordinan y modulan los distintos procesos. La relación entre central y periférico también convoca la idea de general y particular, o de principal y accesorio implícito en la idea de jerarquías. La observación de las estructuras anatómicas e histológicas que componen al organismo humano parece mostrar una coexistencia del sistema en forma de árbol con el sistema de capas concéntricas, y también la coexistencia de centros y redes multifocales. Las fórmulas fractales se aplican a todos estos sistemas, y la idea de holones, sustentada por Koestler, implica que cada partícula de una organización jerárquica ejerce una función de supeditación hacia “órdenes” emanadas de un “nivel superior” al cual permanece permeable y una función de “ordenamiento” hacia un “nivel inferior” con el cual también se comunica. En cuanto a la relación entre la representación y lo representado comencemos por decir que frente a la presencia que se percibe “físicamente”, existe la re-presentación (teatral o fotográfica, por ejemplo) que se siente como un drama histórico y el re-presentante abstracto, que nace como un concepto que intenta captar la esencia formal (general) de cada experiencia particular. La existencia de signos y símbolos (sean concientes o inconcientes) supone, por lo menos, la colaboración de dos instancias (que Freud denominaba “inscripciones”). La instancia de aquello que es representado y la instancia de aquello que asume la representación. Ambas instancias deberán integrarse en un sistema de funcionamiento armónico que convoca nuevamente la existencia de “niveles” jerárquicos, cada uno de los cuales es una partícula “bifronte” que asume funciones diferentes en su relación con otros elementos. La idea de una “doble inscripción” de las representaciones culmina por fin, en 1938, en la formulación de la primera hipótesis fundamental del psicoanálisis, que postula la existencia de un aparato psíquico que se extiende en el espacio. Claro está que se trata de un espacio imaginario, razón por la cual Freud recurre a la metáfora de un telescopio, o un microscopio, porque en ellos la formación de la imagen ocurre en un “lugar” virtual.

Si tenemos en cuenta que el significado define al psiquismo inconciente, queda claro que no podemos utilizarlo para definir a la conciencia. Si volvemos a la idea de que la conciencia puede ser definida diciendo que es noticia de un significado, llegamos a la conclusión que las dos diferencias fundamentales que caracterizan una organización nos permiten comprender mejor a que nos referimos cuando decimos “noticia”. La relación que existe entre la noticia y el significado del cual se tiene noticia, puede corresponder, desde otro “ángulo”, con la relación entre representante y representado, y con la oposición a la cual nos referimos simbólicamente con los términos “central” y “periférico”.

### **Forma y sustancia; sujeto y objeto**

Las dos diferencias fundamentales que caracterizan una organización, a las cuales aludimos con los términos “representante-representado” y “central-periférico”, que confluyen en la idea de jerarquía, y que generan la necesidad de la primera hipótesis, dan lugar a dos nuevas diferencias que sirven de fundamento a conceptos que son claves de la teoría psicoanalítica.

Nos referimos a la diferencia entre forma y sustancia y a la diferencia entre sujeto y objeto. La forma, como se ve claramente si pensamos en el concepto triángulo, se manifiesta en la materia, pero no es en sí

misma material. La idea de modo, manera y función, es una parte integrante del concepto de forma, como se ve claramente cuando pensamos en el rigor formal de un razonamiento matemático o en la formalidad de un trato protocolar. Así como la idea de materia o sustancia está implícita en la idea de un cuerpo físico, la idea de forma confluye con la idea de sentido y finalidad que constituye al existente psíquico. La posibilidad de distinguir entre forma y sustancia permite comprender el fenómeno que denominamos transferencia, por obra del cual una forma se transfiere desde una a otra sustancia.

Podemos decir que la forma “viaja” del cuño a la moneda. Si tenemos en cuenta que lo que viaja como “forma” confluye con lo que denominamos psiquismo, podemos decir que el viajero no es otro que “el fantasma en la máquina”. La diferencia entre forma y sustancia fundamenta los conceptos de abstracto, como “esencia formal” y concreto, los de psique y soma que generan la necesidad de la segunda hipótesis, y el concepto de transferencia para referirnos al proceso por obra del cual “el fantasma en la máquina” “ocupa” la sustancia que pertenece a otro objeto. La diferencia, que se evidencia entre sujeto y objeto fundamenta los conceptos de conciente e inconciente y también los de determinismo y libre arbitrio. El sujeto es conciente, mientras que la conciencia de un objeto “animado” debe ser inferida. La necesidad de postular un psiquismo inconciente “en” el cuerpo que se observa como objeto, origina la segunda hipótesis. Cabe añadir, además, que el concepto de libre arbitrio nace siempre como un sentimiento del “ente” observador, aunque puede ser proyectado, secundariamente sobre los objetos que, de este modo, se “animan” con “intenciones”. El concepto de acontecimiento determinado nace siempre, en cambio, frente al objeto observado, aunque puede ser secundariamente proyectado sobre la propia conciencia, originando la idea de un sujeto “sujetado” por los acontecimientos que lo afectan. Aclaremos además que lo que denominamos sujeto confluye con aquello que denominamos “Yo”, y especialmente con el Yo que es conciente, mientras que lo que denominamos objeto confluye con lo que Weizsaecker denominaba “formación del Ello” (Groddeck y Freud utilizan el mismo término en un sentido que, aunque no es contradictorio, es distinto).

Las relaciones recíprocas del Ello con el Yo y los límites de la frontera que los constituye varían permanentemente. El proceso que Weizsaecker denominaba “formación del ello” se manifiesta en cuatro tipos de entidades: el mundo perceptivo que “construye” objetos, el mundo representativo que genera imágenes, los “mapas” que “autorrepresentan” un yo conciente o inconciente, y el mundo de los otros que reconocemos como seres semejantes. La capacidad de automovilidad, que constituye lo que denominamos intención, y el fenómeno de autopercepción, que constituye el sentimiento de sí, núcleo primario de lo que denominamos conciencia, son las cualidades que utilizamos para definir la existencia, en el mundo que llamamos ello, del “ente” que denominamos Yo.

Cuando hablo, siento, percibo, pienso y hago, experimento la conciencia de manera única y verdadera, evidente e inmediata, y también siento que elijo los actos que realizaré. Tal como sostienen los neognósticos de Princeton (Ruyer, 1977) la conciencia es un singular cuyo plural se desconoce. Por otra parte, cuando ocurre el fenómeno que denominamos autorreferencia, cada vez que digo o pienso “yo”, el Yo pasa a ser un objeto que constituye un “ello”, como mis manos, mi inteligencia, mi memoria, o la tierra de mi país, sobre la cual camino, y depende de acontecimientos que escapan a mi dominio. Ello, que contiene aquello que ya sea en el espacio o en el tiempo considero “fuera” de mi, también contiene innumerables entidades a las cuales atribuyo el conjunto de características que denominamos “yo”. La cualidad esencial a la cual nos referimos cuando decimos “un yo” es la conciencia de su propia existencia, es decir: lo que denominamos “sentimiento de sí”.

La finalidad de una función o de un acto, la intención, el sentido, el significado, ES lo psíquico “primario”, (que Freud denomina genuino, o verdadero). Lo psíquico “primario” es inconciente para lo que habitualmente denominamos conciencia. La “conciencia habitual” sólo “se agrega” a unos pocos procesos inconcientes convirtiéndolos en procesos concientes. La noticia de un significado ES metapsíquica o deuteropsíquica y es la primera forma de conciencia, inconciente para la conciencia habitual. La conciencia habitual percibe objetos. La autorrepresentación del yo transforma al yo en un objeto. La convicción de que el comportamiento de los objetos está sujeto a causas que no dominamos forma parte de la conciencia habitual. La llamada

autopercepción de la conciencia no es una percepción, es un sentimiento que denominamos sentimiento de sí. La conciencia de ser conciente, el sentimiento de sí, es la segunda forma de conciencia (“autoreflexiva”) y forma parte de la conciencia habitual. El sentimiento de libertad para elegir los actos forma parte de la conciencia habitual.

### **Fundamentos de una metahistoria**

Somos un organismo complejo que contempla su entorno y que se contempla a sí mismo. Nos percibimos como un cuerpo que ocupa un espacio en un mundo físico que contiene otros cuerpos. Nos sentimos protagonistas del drama que constituye “nuestra vida”, históricamente, en un mundo anímico habitado por otros personajes con los cuales conviviendo somos. Si volvemos ahora a la antigua pregunta acerca de si la vida nos hace o hacemos nuestra vida, lo primero que solemos pensar es que hay acontecimientos que dependen de nuestra voluntad y otros que son independientes de ella. Sin embargo la indagación en los acontecimientos que configuran una biografía (se trate de un paciente, de Julio César o de John Lennon) pone continuamente en crisis la distinción entre el no poder y el no querer.

Necesitamos saber “a quien” (a cuál imagen de nosotros mismos) nos estamos refiriendo cuando decimos que estamos determinados por acontecimientos que no dominamos o cuando nos sentimos libres.

La vida tiene dos caras. “La” vida “biológica” que percibimos en algunos organismos naturales como una propiedad esencial y “nuestra” vida “anímica”, que sentimos pensamos y hacemos.

Pero cuando sentimos que la vida nos “hace” cosas, que, por ejemplo, nos engaña, nos endurece, nos arruina, nos envejece, nos asusta o nos aburre, ¿cuál es la vida que nos hace esas cosas? Todo drama transcurre entre actores personificados, como, por ejemplo, yo, tú, ella, nosotros, o no personificados, como, por ejemplo, la gente, la sociedad o, también, el destino o la vida.

Frente a los nombres y pronombres que representan actores personificados, la gente, como la opinión pública, representa un consenso vigente que influye en nuestra vida. La sociedad, en cambio, es un conjunto de normas, valores e ideales, que resultan de las convivencias pasadas, representados frecuentemente por la figura de nuestros padres, por la misma gente, o por lo que Freud denomina Superyo. En cuanto a la vida hay una “biológica” que “hace” y “se propone” hacer algo conmigo, que “siente” y “sabe” cosas que ignoro. Esa vida, a la cual Freud se refería con la palabra “Ello”, no forma parte de lo que denomino “Yo”, aunque “contiene”, de acuerdo con Freud, las innumerables existencias anteriores (filogenéticas) del Yo. Dentro de cada drama no sólo operan los actores (agonistas), y las categorías páticas (Weizsaecker, 1950) querer, poder, deber, “estar obligado a” y “tener permiso de”, sino también los valores formales e ideales cuya importancia nace de los afectos experimentados. La libertad, y con ella la responsabilidad, “viaja” continuamente, en cada drama, de uno a otro actor. También cambia frecuentemente la forma, el contorno, las cualidades, y el carácter de los actores.

Oscilamos permanentemente entre la “insostenible levedad” de ser absolutamente irresponsables, dado que frente a un mundo físico absolutamente determinado da lo mismo cualquier cosa que se haga, y la “insoportable gravedad” de ser absolutamente responsables, dado que los actores de una historia pueden alterar lo que acontece en ella. La oscilación entre sentirse determinado por acontecimientos incontrolables y sentirse completamente libre, en otras palabras, la alternativa entre impotencia con inocencia y potencia con responsabilidad, depende del “mapa” que tracemos, en cada momento, acerca de los “contornos” de nuestro yo y de nuestro mundo. Los límites del yo se trazan a partir de la experiencia y se modifican permanentemente con los actos del vivir. Los avances en la “maduración” del yo conducen a una integración armónica entre inocencia y responsabilidad.

Más allá de lo que sentimos como poder o como impotencia, como libertad o como dependencia, cada vez vemos con mayor claridad que la materia del cuerpo y la historia del alma son dos aspectos de una misma realidad. El poeta inglés William Blake, que murió treinta años antes de que naciera Freud, escribió

que el hombre no tiene un cuerpo distinto del alma, porque lo que llamamos cuerpo es el trozo del alma que se percibe con los cinco sentidos. Análogamente podemos decir que el hombre no tiene un alma distinta del cuerpo, porque lo que llamamos alma es la vida que anima su cuerpo. Comprendemos que (más allá de la conciencia habitual) la materia del cuerpo, que funciona como un mecanismo, y la historia del alma, que constituye un drama, se unifican en la idea de psiquismo inconciente, esencia de toda metahistoria.

*Volver a Artículos Clínicos*  
*Volver a Newsletter ALSF 19-ex-45*